

Categorías en tiempos de crisis

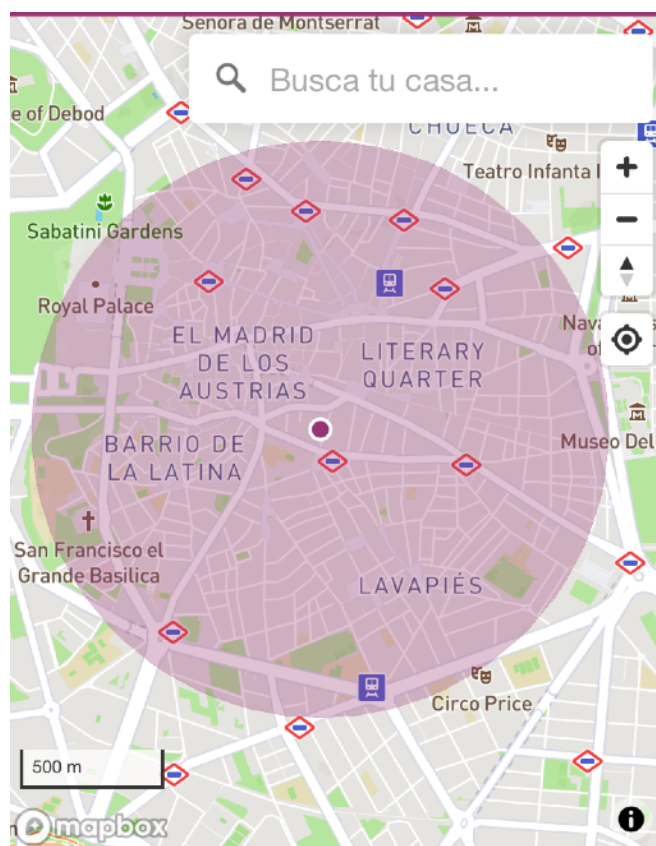
Luis Pérez Armiño

Museo del Traje. CIPE

Antropología para momentos críticos /8. Museo Nacional de Antropología

Sin haber finalizado ni siquiera la aplicación de las medidas para paliar los efectos de la emergencia sanitaria, la información y los análisis se han multiplicado y ya circulan sin control en los más diversos medios. Para sumar uno más, sin ánimo científico ni mucho menos académico, pretendo tratar sobre cómo creamos clasificaciones sociales, generando categorías y taxonomías tan arbitrarias, fluidas y cambiantes como sujetas a la improvisación que parece dominar nuestro día a día.

Desde sus orígenes y a lo largo de la historia, cualquier asunto referido a las pandemias ha sido siempre “una cuestión de otros”. En pleno siglo XXI, parece revivir ese fantasma, para nada ausente a pesar de estos tiempos de globalización, del bárbaro que desde Oriente amenaza con extrañas enfermedades. Y casi sin darnos cuenta jugamos a ser Lévi-Strauss para adaptar libremente la idea que relacionaba la civilización con lo cocido mientras acusábamos al salvaje de su gusto por lo crudo. Pero esta clasificación se demostró innecesaria, prejuiciosa y, por qué no, malintencionada. No es menos cierta aquella expresión de Sartre, tan propia de la condición humana, de que “el infierno son los otros”.



Captura de pantalla de la página 1km.geomatico.es, para calcular la distancia de 1 kilómetro desde tu domicilio.

La enfermedad llegó, y no sirvieron de nada murallas ni barreras. Nos recordó, de la noche a la mañana, qué frágil es la condición humana; y qué poderosa es la naturaleza. Las fronteras, antes fluidas (aunque con muchas restricciones interesadas), se compactaron y se hicieron cada vez más pequeñas y agobiantes.

Las calles se convirtieron en lugares prohibidos. Cualquier peatón era al menos sospechoso de ser incluido en alguna de las nuevas categorías punibles y de terroríficas resonancias: no contagiados o contagiados “positivos”, pudiendo ser estos últimos a su vez sintomáticos o asintomáticos. En cualquier caso, todos representaban una amenaza cierta. Nadie escapaba a la mirada inquisitorial, con aires de superioridad moral, de autoproclamados jueces y verdugos. Incluso alguna idea peregrina intentó recuperar símbolos bien visibles y reconocibles desde las alturas. La intención era señalar (y perdonar) a aquellos pocos que disponían de un lógico salvoconducto para poder obtener alimentos y medicinas o pasear con sus seres queridos, necesitados en muchos casos de aire fresco como mejor remedio a sus males. Qué condenados a repetir nuestra historia estamos, por mucho que la conozcamos.



Todos ellos compartieron escenario con los verdaderos protagonistas que nunca deben caer en el olvido. Son aquellos que tuvieron que irse sin ni siquiera una despedida y que nunca podrán ser reducidos a simple cifra.

Mientras las calles se abandonaban con rapidez, una vez que habíamos asumido el carácter comunitario y social de la nueva epidemia, surgieron nuevos tipos sociales. Afirmación en cierto modo errónea, pues siempre han estado y estarán ahí, exista o no

una pandemia. De nuevo, casi sin tiempo para asimilarlo, se establecieron nuevas categorías, en este caso dos, dependiendo de la forma cómo entendíamos nuestro deber comunitario respecto al grupo: los héroes, que a su vez pueden ser activos o pasivos. Entre los primeros, todos aquellos que, aun a costa de su propia integridad, asumieron su deber y su compromiso. Por desgracia, la percepción de su existencia y el reconocimiento de su valor dependen de la capacidad del grupo para percibir la amenaza a su propia existencia. Sirva desde aquí nuestro homenaje para aplaudir su entregada tarea. Entre los segundos, los pasivos, quienes entendieron el carácter del nuevo e inquietante papel que debían interpretar, consistente en un protagonismo silencioso (excepto a las 8 p.m.) y confinado entre cuatro paredes. En el polo opuesto, los menos, aquellos que, con actitudes al margen de cualquier norma o lógica sanitaria, podrían ser etiquetados como irresponsables, insolidarios o simplemente inconscientes. Para ellos se reservó el peso de la ley.

La llegada del buen tiempo coincidió con los primeros frutos del confinamiento. El recurso a la terminología militar y a las cifras frías sometidas al análisis estadístico fueron sustituidos en nuestro imaginario por los ejercicios de clasificación horaria y de fijación de límites geográficos. Se impuso un sistema de ciclos basados en fases. Como siempre ha ocurrido, para transitar de una fase a otra, se hacía necesario superar un complejo rito de paso a base de indicadores o marcadores sanitarios.



La población, a fuerza de decreto, se repartió las horas del día y los espacios de la ciudad tomando como referencia los grupos de edad. Primero niños y niñas menores de catorce años, acompañados de un adulto perteneciente al mismo núcleo de convivencia (nueva estructura elemental de parentesco), de 12:00 a 19:00 horas. La población mayor de 70 años, con esa sombría calificación “de riesgo”, en dos turnos, de 10:00 a 12:00 y de 19:00 a 20:00 horas. Por último, el resto de los grupos de edad, “deportistas y solitarios”, en otros dos turnos, de mañana y noche, de 6:00 a 10:00 y de 20:00 a 23:00 horas. Todos compartían, sin embargo y a pesar de una enredada aritmética normativa, una frontera escasa y difícil de precisar de un kilómetro en torno a la residencia habitual.

Pero, por encima de cualquier ejercicio de clasificación social, el espacio público sigue siendo lugar de encuentro, aunque sea a través de mensajes gritados de balcón en balcón. Cuando no es posible el contacto físico, proliferan los canales que favorecen las relaciones, aunque sean virtuales. Frente a los comprensibles límites impuestos por el confinamiento sanitario y el distanciamiento social, hemos sido capaces de compartir nuestros espacios más íntimos, aunque sea a través de pequeñas pantallas, porque nos negamos a entender la realidad sujeta a fronteras estrictas. Nos hemos clasificado y reclasificado en un interminable juego sin reglas exactas. Las categorías y las clasificaciones son arbitrarias e incompletas, incluso peligrosas, pues sólo nos pueden ayudar a entender nuestro entorno; por cierto, de manera muy parcial...